

Hace ya algunas décadas que me encontré a Katia, cuando ambas comenzábamos lo que sería nuestra formación universitaria con el curso Preuniversitario en el Instituto Isabel la Católica de Madrid. Poco imaginaba yo por aquél entonces que este sería el primer paso de una amistad que iba a perdurar a lo largo de los años, en los que compartimos lo bueno, lo malo y lo regular, pues de todo ello están conformadas nuestras vidas.

Comenzamos nuestra carrera en aquella universidad que aún carecía de edificios y a la que nos asignaron, creo que por el lugar en el que vivíamos, sin que supiéramos demasiado bien qué era y dónde se instalaría. Permanecimos tres años en el mismo lugar en el que estaba nuestro Instituto, privilegiado enclave en el centro de Madrid cuya proximidad al Parque del Retiro alegró nuestros ratos libres e incluso algunos robados a algunas de las clases, en los que remamos en el lago, montamos en bicicleta y un largo etcétera. En realidad, no hacíamos más que practicar aquello de *“mens sana in corpore sano”*

En aquel plan de estudios, con un año de comunes, dos de lo que se denominó tronco histórico-artístico-literario y dos de especialidad, adquirimos unos conocimientos bastante más amplios que los posteriores planes mucho más concretos y especializados, y, cómo no, tuvimos magníficos profesores y algunos un tanto soporíferos. De ahí lo del remo y la bicicleta y también las estupendas partidas de “submarinos” que en la primera fila de la clase nos echábamos Katia y yo entre apunte y apunte.

Mientras tanto, poco a poco y casi sin darnos cuenta fue creciendo una amistad, alimentada por el intercambio de apuntes, las ya mencionadas escapadas al retiro, y algunas películas y obras de teatro con las que ocupábamos los fines de semana en los que podíamos salir. Y así fuimos creando un universo en el que se entrecruzaron nuestras existencias, formando una cadena que ni el tiempo ni las circunstancias pudieron romper.

En todo este discurrir temporal Katia fue siempre una especie de mentora-protectora que me enseñó Madrid, pues yo venía de mi Galicia natal, y todas las



Fig. 1. Ana Fernández Vega y Catalina Galán, 2014.

posibilidades que esta ciudad que yo empezaba a conocer podía ofrecerme, pero también, y sobre todo, me dio la fuerza y la seguridad que ella derrochaba y de la que yo tenía bastante menos. Desde entonces, y hasta ahora, Katia sigue representando en mi vida la fortaleza, la tenacidad y la seguridad, en la confianza de que siempre está ahí, dispuesta a luchar con uñas y dientes por lo que quiere y por los que quiere, sin dejar que el desánimo y el cansancio le ganen la batalla.

No es que sea de piedra, ni nada parecido, pero no muestra su debilidad fácilmente, y yo creo que en cierta medida esto se debe a que no quiere asustarnos a quienes tenemos en ella el referente de la fortaleza.

Compartimos, ya acabada la carrera, nuestras primeras campañas de excavaciones, el laboratorio en el que el profesor Mesguer nos enseñó casi todo lo que sabemos de las tareas arqueológicas, nuestras primeras publicaciones, e incluso nuestros “pinitos” como amas de casa, en aquél añorado cortijo de Granátula de Calatrava y posteriormente en el Convento de Almagro, en los que había que alimentar a unas decenas de estudiantes que venían con los campos de trabajo desde los lugares más variopintos.

Con el tiempo y los avatares de la vida de cada cual, se acabaron para mí los trabajos de campo y cada

una de nosotras desarrolló su tarea profesional por derroteros ya no tan próximos, pero esa circunstancia no nos alejó en lo importante. Nuestra amistad siguió su camino, con las dificultades con las que la vida nos obsequia a todos, pero también con los momentos de risas, alegrías y esperanzas que hacen que este mundo sea un lugar mucho mejor y enriquece nuestros corazones.

En ocasiones, y para quién no la conoce bien, Katia puede si no asustar, al menos infundir cierto “respeto”, porque a uno le parece imposible llegar a cumplir con sus expectativas, tener su seguridad, su confianza. Por cierto, no hay que olvidar que siempre su nivel de exigencia es mucho mayor para consigo misma que para con los demás. Pero, enseguida ves, si realmente quieres hacerlo, que tras esa apariencia sólida y contundente, existe otra Katia, que es la amiga fiel, la compañera de camino y la que alegra con su ingenio y con su ternura las horas difíciles de tu vida.

Pasados los años, esta amistad se ha vuelto, al igual que nosotras mismas, más serena y reposada. Con la edad nos vamos haciendo un poco más sabios, y sabemos que todo tiene su tiempo y su lugar, que las grandes batallas raramente merecen la pena y hay que ahorrar unas energías que van yendo a menos, que los demás tienen sus razones aunque no sean las nuestras, y sobre todo que nada es mejor que tener buenos amigos con los que compartir lo que nos pasa. Aprendemos por el camino a bien vivir, que no a vivir bien, que no siempre es lo mismo, y aprendemos también a saber quiénes deseamos que sigan siendo nuestros compañeros en el recorrido de nuestras existencias.

Yo quiero que Katia sea una de ellas, quiero seguir discutiendo con ella, riéndome con ella, compartiendo ratos en los que me dará la charla porque no me tomo una copa o me duermo “con las gallinas”, viviendo, en fin, como hasta ahora sin que las diferencias sean un obstáculo, porque lo que importa es seguir a pesar de ellas.

Sé que no he hablado nada de su carrera profesional, pero ese no era mi cometido y otras personas lo harán mucho mejor que yo en estas mismas páginas. Sin embargo, si quiero mencionar su capacidad para enseñar, para hacer asequible lo difícil, para “ponerse al nivel” de aquellos alumnos que han recibido sus clases, en las aulas y en el campo, y que recuerdan todo lo que les transmitió, primero en el Colegio Universitario



*Fig. 2.* Ruth Maicas, Catalina Galán y su hermana Almudena Galán en París, noviembre de 1991.

de Cuenca y después en esta Universidad. Ese es siempre el mejor testimonio del buen hacer de quienes nos hemos dedicado a esta maravillosa profesión que trata de facilitar el acceso a lo que pudo ser la vida de nuestros antepasados. Del otro aspecto de nuestras tareas, la investigación, solamente diré que Katia es como un sabueso que no deja rincón por analizar, que busca todas y cada una de las razones, todos y cada uno de los porqués, nunca conforme del todo con el resultado.

Pero yo, hoy, deseaba recordar a quiénes la conocemos y la queremos, algo del resto de su existencia que no es mucho, ya que su profesión y su vocación han ocupado una gran parte de su vida.

Quiero terminar con un texto anónimo que me encontré en alguna de mis lecturas y que refleja bastante bien lo que siento “Los amigos son los que te ayudan a levantarte cuando los demás ni siquiera saben que te has caído”. Katia lo sabe siempre, incluso cuando ni tú mismo eres consciente de la caída.

### *Ana Fernández Vega*

Profesora Titular de Prehistoria

Directora del Departamento de Prehistoria y Arqueología

Universidad Nacional A Distancia